

¡EL TORO VIVE!



Colombia taurina está lista para asistir durante los meses de diciembre, enero y febrero a la temporada grande en plazas de primera categoría. Una de ellas con fecha especial: la Santamaría de Bogotá, nuestra capital, que llega a sus ochenta años de fundación, y Cormacarena de Medellín con veinte años de trabajo arduo y continuo en favor de la Fiesta Brava. Hoy más que antes, cuando el escritor más importante del universo, el premio Nobel de literatura Mario Vargas Llosa es un taurino de “hueso colorao”. Su designación enaltece y engrandece aún más la ya milenaria Fiesta. Es, entonces, está la oportunidad de demostrar, como lo hemos hecho siempre, con altura y con respeto, llenando los tendidos, que somos una minoría pacífica, con buenos modales, respetuosos de la diferencia. Todo, luego de asistir a un pobre episodio protagonizado por la Corte Constitucional, que frente a una demanda contra las corridas de toros y otras costumbres culturales en Colombia trató de quedar bien con Dios y con el diablo y no consiguió ni lo uno ni lo otro. Nos corresponde repensar el espectáculo.

Es necesario consolidar la Plataforma Taurina Internacional y blindar las corridas de toros, las peleas de gallos, las corralejás, el coleo y demás tradiciones culturales para evitar lamentaciones en el futuro. Frenar los elevados costos que genera su organización, evitar que se vea más cemento en las graderías, convencer a quienes asisten a las corridas de permanecer abonados, exigir el toro íntegro y la entrega de los toreros, no aceptar exigencias de estos ni de sus apoderados, hacer cumplir la ley nacional taurina, promover espectáculos menores, reclamar de Coldeportes la retribución de los miles de millones de pesos

que por impuestos le hemos aportado a la nación, entre otras cosas. Es mucho lo que nos queda por hacer. Y no será fácil, pues las condiciones del mercado y del espectáculo mismo, asediado violentamente aun por el Estado, como es el caso de Medellín, atraviesa dificultades y tendrá que enfrentar nuevos embates de los antis animalistas.

Pero como los toros bravos, nobles, encastados que se crecen ante el peligro, asumiremos los retos en corto y por derecho, como debe ser. En peores condiciones nos ha cogido la noche. Además, cuando los taurinos nacimos no conocimos la palabra miedo. Eso sí: nos corresponde a todos. Nos unimos o nos hundimos. Porque vivimos y queremos un país libre. Libre de prohibiciones, de retaliaciones, de persecuciones. Un país en donde el rey de la Fiesta viva. Como vive a sus anchas en el campo donde se cría para su conservación.

Y que la fuerza bruta se convierta en el complemento ideal para la creación de la plástica en las manos del torero. Por la conservación de una raza y la sostenibilidad de la expresión artística de origen sacro y pagano, vamos a los toros porque el toro vive.

Por. **Guillermo Vallejo López** - Editorial **Asotauro**.